



# La Santa Sede

---

SANTA MISA EN EL DÍA DEL FERROVIARIO

**HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II**

*Centro Roma-Smistamento*

*Jueves 8 de noviembre de 1979*

*Honorable señor Ministro;  
señor director general,  
técnicos y trabajadores de los ferrocarriles del Estado;  
queridísimos hermanos y hermanas:*

1. Con gran alegría y satisfacción me encuentro hoy entre vosotros para celebrar la "Jornada del Ferroviario", que se festeja cada año en todos los departamentos ferroviarios de Italia. recordando aquel lejano 3 de octubre de 1839, cuando se inauguró el primer ferrocarril italiano: la línea Nápoles-Portici. Como me han confirmado en los saludos que acabamos de oír, se trata de una *fiesta de familia* durante la cual se entregan medallas y diplomas de ancianidad, distintivos de honor y mérito a los inválidos por causa del servicio, así como testimoniales a las familias de los llorados caídos en el trabajo.

Agradezco de corazón al señor Ministro Luigi Preti las palabras que me ha dirigido; agradezco también al Director general de los ferrocarriles del Estado y al representante del personal la acogida que me han dispensado, interpretando los sentimientos de todos los presentes y dejando patentes la actividad, sacrificios, expectativas y esperanzas de toda vuestra benemérita clase.

Estar presente en este lugar, en este encuentro junto con vosotros, como amigo y como padre, en vuestra "Jornada", es una circunstancia que inscribo entre la más importantes de mi ministerio pastoral. Por esta razón es tan sentida y viva mi gratitud a todos vosotros, dirigentes, empleados y obreros, que me habéis invitado a una ceremonia tan significativa y rica en sentimientos humanos y sociales.

En realidad, pensando en el gran número que sois y en el espíritu típico que os distingue y caracteriza entre las clases de la sociedad, os considero como una sola familia. A todos vosotros aquí presentes, a los compañeros que, a lo largo de la red de toda la península siguen, en este mismo momento, la fiesta continuando en su trabajo, va el saludo, la felicitación, la estima del Papa, con la seguridad de que todos están presentes en su oración y en las intenciones de esta celebración. Dirijo también un saludo especial —como es bien comprensible— a los ferroviarios que han venido de Polonia para esta circunstancia, abrazando en ellos a todos sus colegas que trabajan en la patria.

¡Cuántas veces en mi vida me he servido del trabajo tan valioso e indispensable de los ferroviarios! ¡Cuántas veces me he entregado, sereno y confiado, a vuestra pericia y diligencia, seguro de llegar a la meta! Pues bien, no sólo en mi nombre, sino también en nombre de todos los viajeros y de toda la comunidad, que utiliza vuestros servicios, recibid, queridos ferroviarios, mi saludo más cordial, mi complacencia y mi gratitud.

2. Al escuchar los saludos que me han dirigido, aparece ante nuestros ojos en primer lugar un admirable conjunto de personas, grande y bien determinado: se trata de todo un servicio, integrado y subsidiario, de jefes de estación, jefes de trenes, maquinistas, conductores, revisores, encargados de señalización, guardagujas, guardavías, mecánicos, personal del tren, ayudantes, administradores, funcionarios, etc. Detrás de vosotros aparece un mecanismo igualmente complejo y bien determinado: el mundo de las vías, de los cruces, de los faros, de las locomotoras y vagones de las estaciones y apeaderos, de las centrales de cambio, de los dispositivos de señalización, etc. ¡Cuánto camino desde la vieja locomotora hasta las maravillas de las modernas máquinas electrónicas!

Todo esto es fruto del pensamiento humano y de la "providencia" humana, en el sentido de ese "prever" inteligente, por el que el hombre, según Santo Tomás, es providencia para sí mismo. Efectivamente, las conquistas aludidas en el campo ferroviario sirven a los hombres: facilitan entre ellos los traslados, las comunicaciones y los contactos, que son indispensables para su vida y acción. Antiguamente no existía este importante medio de comunicación, que es una realización que se remonta a los primeros decenios del siglo pasado: desde hace 150 años, gracias a la "providencia" humana, se tiene a disposición el tren, que se ha convertido así en uno de tantos signos del genio humano y en un componente ordinario de la vida diaria. Mejor diría: este medio de comunicación ahora ya forma parte de la civilización y pertenece inseparablemente a ella, gracias también al continuo perfeccionamiento de las máquinas y de los servicios.

Es verdad que hoy ha sido ya "superado" por otros medios —por ejemplo, la aviación—, sin embargo, no ha perdido su significado fundamental.

Mirando esta obra de la "providencia" humana, es decir, la invención, la actividad que tiende hacia una finalidad, he aquí que tenemos ante los ojos esa imagen de la Providencia divina que nos da

el Evangelio de hoy: la solicitud por una oveja extraviada, por un dracma perdido. Una y otra simbolizan la solicitud por el hombre, por su bien material y espiritual, temporal y eterno. Es la misma solicitud que vosotros tenéis para con los viajeros, hombres como vosotros, hermanos vuestros.

Por esto deseo que cada uno de vosotros sepa volver a encontrar en esta forma de servicio al hombre, que es el ferrocarril, su puesto, su "medida interior" en este servicio del que nos habla el Evangelio de hoy.

La "providencia" humana es espejo e imagen de la "Providencia" divina, y brota de ella.

Todo esto ciertamente depende de la eficiencia técnica, pero, en definitiva, depende del hombre. De cada uno de los hombres, que, a base de este medio de la técnica, sirve a los otros hombres.

He aquí, hermanos, "la verdad del Señor que permanece para siempre", basada como está sobre el hecho de que nosotros hombres, *que vivimos aquí abajo*, tenemos un Padre común *que está en el cielo*. Paternidad de Dios y amor de Dios, fraternidad de los hombres y amor de los hombres: son cuatro puntos cardinales de nuestro credo y de nuestro comportamiento cristiano. Así ha enseñado Cristo hace 20 siglos, así repite hoy su humilde Vicario.

3. Este hombre, del que hablo, pertenece a una comunidad particular, a una gran familia. Es la gran familia de los "ferroviarios", que hoy celebra su fiesta.

La vida del ferroviario, teniendo como finalidad el servicio y, por lo tanto, ordenada al bien común de la gran familia humana, se desarrolla en forma tan organizada que constituye una verdadera y propia "comunidad profesional". ¿Qué leyes morales —me refiero a las leyes morales personales, sociales y profesionales— deben dirigir a una comunidad tal, para que pueda cumplir el gran deber que se le impone, y desarrollar esa "parte" que le corresponde en la realización del bien común? ¿Qué es necesario para que se gobierne a sí misma según los principios del orden social y de la cooperación?

Sería demasiado largo ilustrar aquí estas normas: me limitaré, por esto, a recordar los criterios fundamentales que deben inspirarlas según la luz del Evangelio. Vosotros sois sensibles y exigentes en cuestión de justicia: tenéis mucho interés por el puesto de trabajo, la seguridad en el trabajo (para que no haya que lamentar los lutos, que tan frecuentemente, incluso este año, han afectado dolorosamente a vuestra gran familia), la tutela de vuestros derechos, el respeto recíproco entre las personas, la eliminación de los actos arbitrarios. Estos son otros tantos ejemplos en los que puede ser invocado positivamente el precepto del amor en defensa de la misma norma de la justicia y para completarla, la cual, por lo demás, como está impresa por Dios en el corazón del hombre, encuentra así tina plenitud superior en el Evangelio. Efectivamente, en él la justicia es la cumbre de las virtudes morales, como reguladoras de las relaciones no sólo con

Dios, sino también con los hombres y con nosotros mismos, hasta llegar al campo más alto de la fe y de la gracia, para sublimarse en caridad.

Estoy profundamente convencido y quiero esperar, amigos y hermanos, que vosotros estéis de acuerdo conmigo, al juzgar que una fidelidad coherente a los valores primarios de la caridad y de la justicia según el Evangelio sea una cura sumamente eficaz para los males viejos y nuevos de la sociedad humana; cuando se respeten estos valores, nunca se realizará lo que hemos leído hace poco en San Pablo, esto es, que se juzga al hermano, o se lo desprecia (cf *Rom 14, 10*).

4. El Papa viene para participar en esta gran fiesta de los "ferroviarios" para descartar todo esto. Pero sobre todo desea ser para vosotros el que expresa la gran gratitud que deben mostraros todos aquellos a quienes servís: el público que viaja, el que se detiene en las estaciones ferroviarias, el comercio, el turismo, que encuentran facilidad gracias a la red ferroviaria. Hoy quiero ser el intérprete de este "gracias", que se eleva hacia los ferroviarios italianos y hacia los de todo el mundo.

Y en nombre de todos, hoy aquí rindo honor a las fatigas de la vida de los ferroviarios: a sus continuos desplazamientos, a los horarios molestos y nocturnos, a los peligros, a las preocupaciones. que repercuten también en las familias.

Y por esto dirijo también mi pensamiento a vuestros seres queridos, a las esposas, a los hijos que están en la cima de vuestros pensamientos y por quienes sostenéis el duro trabajo cotidiano. Decidles que el Papa piensa en ellos, los bendice y ruega por ellos.

5. Un último pensamiento me sugiere aún vuestra vida. El viajar continuo, ¿acaso no es imagen de otro viaje que nos iguala a todos? ¿Acaso no es la vida del hombre sobre la tierra una vía, un recorrido, una trayectoria, comprendida entre un punto de partida y otro de llegada? Sí, cada uno de nosotros es un viajero según una metáfora conocida: y lo importante —cómo recuerda incluso el nombre de la estación principal de Roma— es llegar felizmente al "término" de nuestra carrera, creyendo en ella, según las palabras de San Pablo, dispuestos a recibir la recompensa del Señor (cf. *2 Tim 4, 7-8*);

Esta imagen del camino constituye la vida misma de la Iglesia que se esfuerza en servir aquí abajo al hombre de manera integral, para conducirlo a través del mundo hasta Cristo, a Dios, a la vida eterna. En nuestro viaje constituye motivo de verdadero consuelo tener presente lo que el Salmo responsorial de la Misa de hoy nos hace recitar: "El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?" (*Sal 27., 1*). He aquí por qué mi palabra se convierte en deseo sincero y cordial para que cada uno de vosotros y de nosotros tenga la fuerza suficiente y la gracia necesaria para no perder nunca de vista el punto final del camino y, sobre todo, para poder alcanzarlo. Por lo demás, esta ardiente esperanza nuestra está ya desde ahora en disposición de animar y sostener nuestro esfuerzo cotidiano, en

el que se esconde no sólo la espera, sino también la experiencia de una gozosa comunión con Dios.

6. Queridos hermanos: Vosotros habéis invitado hoy aquí, a vuestra fiesta. que es al mismo tiempo profesional, social y familiar, al Obispo de Roma. En el centro de vuestro lugar de trabajo habéis construido el altar para que pueda celebrar sobre él el Sacrificio de Cristo. Pues bien, ¿qué queréis manifestar con todo esto? Ciertamente vuestra fe en la Eucaristía. Efectivamente, en ella nosotros "damos gracias a Dios" por todos los bienes de la creación y de la redención, y al mismo tiempo le "restituimos" estos bienes por medio de Cristo, a fin de que se conviertan para nosotros, para cada uno de nosotros, en una fuente de salvación.

Precisamente esto es lo que quiero hacer hoy aquí con vosotros. En cuanto cristianos, sois un pueblo particular, un "sacerdocio real" (1 Pe 2, 9), con el que se presenta hoy ante vosotros el Obispo y Sacerdote, para *elevare a Dios*, "in persona Christi", todo lo que forma parte de vuestra vida, de vuestra vocación, de vuestro trabajo.

Esto es lo que importa: la ofrenda a Dios. Así es posible dar a la propia fatiga el valor más pleno, que retorna hacia vosotros como restituido por los frutos que se derivan de este Sacrificio, cuyo signo es la "comunión", es decir, la unión estrecha con Cristo y entre nosotros, que es prenda de la vida eterna.

Confío estos deseos a María Santísima para que os asista y os proteja en todo vuestro cometido, pero sobre todo en el viaje hacia Dios, meta y fin último del hombre. Amén.